

De las voces oblicuas a la palabra pública*

Una mirada a la esfera pública en contextos de violencia

Por Jorge Iván Bonilla Vélez**

* Artículo recibido en agosto de 2011.

Artículo aprobado en octubre de 2011.

** Profesor del Departamento de Humanidades de la Universidad Eafit.

Introducción¹

Este artículo se propone abordar las relaciones entre el discurso, la comunicación y la política a partir de la importancia que para las Ciencias Sociales adquieren hoy las dimensiones subjetivas, simbólicas y narrativas que están presentes en lo que podríamos llamar “acciones colectivas contestatarias” (García, 2005), que buscan sobrevivir de manera desigual e inestable en contextos de hostilidad y terror, o que pretenden sobreponerse a condiciones de violencia y humillación aprovechando circunstancias favorables para conjurar el miedo y superar el silencio. El trabajo sostiene que para comprender las dinámicas de violencia asociadas al conflicto armado colombiano el discurso público no lo explica todo, sobre todo en aquellos territorios de la geografía nacional (veredas, corregimientos, pueblos, localidades, barrios periféricos, etc.) que han sido –y siguen siendo– *teatros* permanentes de desarmes y rearmes, poderes y contrapoderes y, por tanto, de disputas entre redes de poder ilegales, guerrillas, paramilitares, narcotraficantes, bandas criminales emergentes, entre otros, que buscan imponer sus propios códigos de verdad, justicia y orden. A este discurso se le entrecruza una variedad de recursos ocultos y oblicuos de habla, consensos aleatorios, lealtades transitorias, amenazas implícitas y obediencias vigiladas que cohabitan y compiten con el uso más visible

¹ Este artículo hace parte de la reflexión teórica suscitada por el proyecto de investigación “Cinco estudios de caso para superar el conflicto armado en Colombia”, cofinanciado por el Pnud y la Universidad Eafit.

del “teatro del poder” y con los órdenes supuestamente más verdaderos y universales del discurso público.

Para desarrollar este argumento dividimos el texto en dos partes. La primera intenta explorar las tensiones que existen entre el *discurso público* y el *discurso oculto* en contextos caracterizados por el ejercicio arbitrario del poder (Scott, 2000). Se plantea que la visibilidad pública del poder vive en una permanente tensión con un discurso oculto que de manera ambigua y contradictoria otorga otro significado a sus propios relatos de la desigualdad, la tenacidad, la esperanza y el olvido, en una lucha que es también por la significación. La segunda parte pretende discutir en qué medida, cuando se piensa en contextos de recuperación y apropiación de derechos, las voces ocultas que emergen de los entornos dominados por el terror constituyen verdaderos aprendizajes políticos relacionados con la dignidad, la justicia, la memoria y la ciudadanía, o son tan solo “válvulas de escape” que persisten como narrativas testimoniales, como memorias discontinuas de cada quien, que poco aportan a dinámicas de resistencia por cuanto el debate público que promueven es débil, fragmentado y parcial. Se plantea que si bien el discurso público no lo explica todo, pensar en procesos de verdad, justicia y reconstrucción de la memoria colectiva que pretendan ajustar cuentas con un pasado de violencia pasa por la necesidad de desatar las voces ocultas y las memorias atrapadas por el miedo y el silencio mediante formas de acción política y cultural que posibiliten la visibilidad del discurso oculto en la esfera pública (De Certeau, 1995; Uribe, 2003).

En este sentido, se trata de suscitar algunas reflexiones en un nivel más teórico que empírico y de establecer cierta distancia con dos perspectivas que tienen por objeto analizar las relaciones entre el discurso, la comunicación y la política. De un lado, la idea es desmarcarse de aquella perspectiva que suele imprimir densidad teórica y metodológica a las relaciones entre el discurso y la política a partir de la acción política abierta y el discurso público de los actores institucionales de la política. Hablamos de esa escena visible, locuaz y manifiesta donde se expresan, tanto las acciones, motivaciones, intenciones y fines de quienes tienen a cargo la dirección política de la sociedad, como de

las demandas de participación política con el propósito de que los ciudadanos se formen una opinión y se expresen en la esfera pública². De otro lado, interesa establecer cierto deslinde con los estudios de la comunicación y del discurso que abordan las dimensiones discursivas, informativas, dramatúrgicas y narrativas del conflicto armado a partir de la mirada de sus “protagonistas”, es decir, de los repertorios discursivos y los mundos del lenguaje de quienes ejercen efectivamente el poder, o que se centran exclusivamente en el comportamiento de los medios de comunicación, sus periodistas y sus mensajes.

A nuestro modo de ver, los límites de las dos percepciones arriba señaladas se rebasan cuando se trata de pensar en *otros* sujetos sociales, que no son solo las instituciones de la democracia representativa (gobiernos, partidos, políticos, periodistas y opinión pública), así como en *otros* discursos y expresiones de dominación y resistencia que no provienen solo de las contradicciones codificadas producidas por el intercambio de discursos entre los actores sociales, políticos y culturales que tienen legitimidad para expresarse y aparecer en la esfera pública³. Situación que lleva a que el modelo de lo abierto, locuaz y manifiesto de la esfera pública se desajuste y termine desbordado por los márgenes, las opacidades y las *zonas grises* de los sujetos, los discursos y los conflictos no tenidos en cuenta por la concepción más “oficial”, tanto de la esfera pública como del discurso político.

² Esta vía para entender las relaciones entre la comunicación y la política hunde sus raíces en la teoría liberal de la esfera pública, cuyo modelo de comunicación está basado en el intercambio codificado e igualitario entre sujetos racionales que tienen la legitimidad y el consentimiento para participar e intervenir, en condiciones de equidad, en los problemas comunes —los asuntos públicos— de la sociedad, a través de intercambios discursivos, cara a cara, que tienen presencia en un lugar compartido. Lo que, en otras palabras, se traduce en la concepción liberal de la opinión pública. Véase Habermas, 1981 y Monzón, 1996.

³ A este respecto, Nancy Fraser cuestiona la idea según la cual la legitimidad política y social para expresarse en la esfera pública solo la tienen los sectores configurados por la cultura dominante y por las estructuras de poder de la sociedad. Para Fraser, esa es una concepción que refuerza la dominación hegemónica de la sociedad y desconoce, por ejemplo, que las contradicciones no se verifican exclusivamente en la esfera pública entre ciudadanos iguales entre sí, sino también en la política de la vida diaria (incluidas las mujeres, los jóvenes y las diversas subculturas), que también son “localizaciones” de contiendas insuperablemente unidas. ¿Qué pasa entonces con aquellos participantes a quienes el *nosotros no incluye adecuadamente a partir de formas de deliberación centradas en cierto tipo de asuntos y problemas?* Véase Fraser, N. (1997, 95-133).

Algunas pistas para encontrar otra dimensión de esas otras fronteras entre el discurso, la comunicación y la política las ofrece una serie de autores venidos de diferentes lugares de enunciación teórica, quienes se han dedicado a estudiar, bien sea las acciones colectivas contestatarias y los entornos sociales donde éstas se llevan a cabo (Escobar y Álvarez, 1992; García, 2005), bien las relaciones de dominación y resistencia en sociedades donde los poderosos ejercen un estricto control sobre la palabra pública y el comportamiento de los subordinados (Moore, 1989; O'Donnell, 1997; Scott, 2002), o que han centrado su interés en los ámbitos enfocados por los estudios sobre el poder (Foucault, 1992), la cultura popular y la vida cotidiana (Bajtín, 1974; Martín Barbero, 1987; Thompson, 1996; De Certeau, 1999; Street, 2000) y las tensiones entre lo público y lo privado en las sociedades desiguales que vivimos (DaMata, 1989; Fraser, 1997); o, finalmente, que han aclimatado los interrogantes en torno a la memoria, la narración y el sujeto en sociedades que han comenzado a desandar un camino minado por el miedo, el olvido y el silencio en procura de la reconstrucción de la verdad y la memoria histórica (Ricoeur, 1995; Todorov, 1995).

A estas otras fronteras de enunciación se refiere precisamente el profesor de la Universidad de Yale, James Scott, cuando afirma:

“Siempre que limitemos nuestra concepción de *lo político* a una actividad explícitamente declarada, estaremos forzados a concluir que los grupos subordinados carecen intrínsecamente de una vida política o que ésta se reduce a los momentos excepcionales de explosión popular. En ese caso omitiremos el inmenso territorio político que existe entre la sumisión y la rebelión y que, para bien o para mal, constituye el entorno político de las clases sometidas”⁴ (Scott, 2000, 233-234).

⁴ Un planteamiento similar, aunque orientado al estudio de las culturas populares de América Latina, se puede rastrear en el trabajo de Jesús Martín-Barbero y su propuesta de “mapa nocturno” para comprender la opacidad de los discursos sociales, la relevancia de los procesos simbólicos en la política y la producción de sentido de los sectores populares como otros modos de *leer y narrar*, *enmarcados en los conceptos de matriz cultural, competencias culturales y prácticas cotidianas de la cultura*. Véase Martín-Barbero, 1998.

Hay, por tanto, una comunicabilidad de la política que no pasa necesariamente por el espectro visible del discurso, la escena pública y el enfrentamiento directo con el poder; al contrario, sus agentes, dialectos y códigos transitan por territorios más anónimos y discretos de la comunicación y la política, habitados por las manifestaciones lingüísticas y gestuales, los discursos sociales y las prácticas cotidianas de hombres y mujeres que han sido humillados y ofendidos, silenciados y excluidos, y que, por lo mismo, sufren severos defectos de habla ocasionados, más que por su incapacidad para expresarse correctamente en la esfera pública o para practicar modos más avanzados de acción política, por las limitaciones políticas a las que están sometidos. Hablamos de los ámbitos más discretos del conflicto político a los que Scott denomina con el término de *infrapolítica* (Scott, 217): ese continente sumergido de la acción política visible que contiene los cimientos culturales y estructurales de las conquistas políticas que, tarde o temprano, irrumpirán en la escena pública gritando todo aquello que fue obligado a callar.

Visibilidad, opacidad y poder

¿Cómo analizar las visibilidades públicas del poder en contextos de miedo, hostilidad y terror? En un bello libro dirigido a estudiar los callejones por donde se mueven y entrecruzan las relaciones de poder y resistencia en sociedades estratificadas y estamentales, Scott muestra cómo, a pesar de que el proceso de dominación produce una conducta pública hegemónica —de exhibición, disciplina y vigilancia—, dirigida a monopolizar la interpretación de los hechos, sus “muros de contención” son más bien móviles y porosos. En ellos también habita un discurso oculto, el de los dominados (ibíd., 137-204), que no solo se ve obligado a eludir o desafiar la mirada intimidante de los poderosos desde los laberintos del disfraz, la ambigüedad y el anonimato, sino que asimismo le toca luchar por la creación, ocupación y sostenimiento de espacios sociales de disidencia desde los cuales hablarle al poder, incluso en sus propios términos, esto es, mediante prácticas cotidianas que no se enfrentan abiertamente con el poder sino que lo contraponen detrás

de la arena pública: allí donde los miembros del coro ensayan las partituras con “lecturas aberrantes”.

Según Scott, en contextos donde el ejercicio del poder se caracteriza por la naturalización de la desigualdad social y el empleo del miedo y el terror por parte de quienes detentan dicho poder, los actores de la vida social y política sobre quienes se instala ese poder no reducen sus intervenciones al escenario público por la incertidumbre que acompaña a los resultados de sus acciones. Más allá de las formas aparentes de hegemonía existen prácticas cotidianas que van desde los procedimientos de encubrimiento lingüístico y las técnicas anónimas, que Scott (ibíd., 167) llama “las artes disfraz político” (ritos de inversión, chismes, rumores, eufemismos, refunfuños y cuentos populares, entre otros), hasta la creación de espacios sociales de actuación, detrás de la tribuna pública, donde las clases subordinadas elaboran un *discurso oculto* de resistencia a la dominación y unas prácticas materiales y simbólicas dirigidas a renegociar discretamente las relaciones de poder, exponiéndolo a las “tácticas del débil” (De Certeau, 1999, 35-52).

Esto es así en la medida en que en este tipo de sociedades las funciones del discurso público no están orientadas a hacer visible el poder —valga decir, a debatirlo e interpelarlo de manera libre y autónoma— sino a convencer a los “señores del poder” de que realmente lo *tienen*, sin necesidad de dar explicaciones. Lo que a su vez configura, de acuerdo con Scott, una “dramaturgia de la dominación” (2000, 71-96) que se caracteriza por la exhibición respetable del poder y la represión de cualquier cuestionamiento público a los regímenes oficiales de verdad, y cuyas funciones van desde *el ocultamiento* de todo cuanto pueda empañar la versión oficial y la grandeza de los poderosos; el *eufemismo* que trata de borrar todo signo negativo en las prácticas y discursos que circulan por la esfera pública; *la unanimidad*, que pretende reducir al mínimo los conflictos, desacuerdos y discusiones del bloque de poder frente a la mirada pública, hasta *las ceremonias y los desfiles* en cuanto ritos formales que buscan demostrar que el sistema de dominación es estable y duradero.

Guardadas las proporciones, sucede algo similar con ciertas manifestaciones del conflicto armado colombiano que, a su vez, se relacionan con la producción del terror, el horror y el sufrimiento, así como con los efectos de sentido que estas expresiones despiertan en amplios sectores de la población. De ahí que el ejercicio sistemático del terror contra los más débiles y las disputas por el control de territorios y recursos económicos, políticos y culturales por parte de los grupos armados (guerrillas, narcotraficantes, mafias locales, gamonales) que, o bien le disputan el poder al Estado o bien defienden el *statu quo* imperante mediante labores de intermediación en las que el Estado se ve abocado a negociar, delegar y relegar su soberanía (García, 2005, 164-165), no son discernibles si no comprendemos las densas tramas de sedimentación de la memoria, la justicia, el odio y el olvido con las que están elaboradas nuestras hablas, escuchas, gestos, temores y esperanzas.

Esta urdimbre del conflicto armado es tan profunda, y a la vez tan móvil y porosa, según las geografías del conflicto y según los mapas de poder y de lealtades inestables que éste configura (Uribe, 2000; Pécaut, 2001), que el discurso público-oficial no alcanza a explicarlo todo. A este discurso público se le contrapone un discurso oculto que, a diferencia del primero, no transita las grandes avenidas del poder ni los vistosos pronunciamientos de los poderosos, sino que acostumbra producirse y circular en los callejones más íntimos de la existencia: allí donde el poder puede ser desafiado y eludido, no de frente, sino por medio del relato, la canción popular, la fiesta, los funerales, las marchas, la parodia, el chisme y el rumor.

Así, en ámbitos sociales y territoriales donde el ejercicio del poder no solo es arbitrario sino también violento y desigual, los dispositivos de enunciación del discurso público-oficial-hegemónico y sus tentaciones de fijar en la escena pública un *código común* único y un contrato totalizante de lectura⁵, que pretende determinar de antemano cómo se deben nombrar las cosas y

⁵ Un planteamiento similar, aunque referido al caso de los desaparecidos en Argentina, puede encontrarse en Lucrecia Escudero (2002, 187-202).

los modos en que éstas deben ser recibidas y comprendidas por los demás, viven en permanente yuxtaposición y entrelazamiento con un discurso oculto que, de manera ambigua y contradictoria, cambia el significado de sus propios relatos de la violencia, la escasez, la desigualdad, la tenacidad, la esperanza y el olvido.

Nos referimos a esa amalgama de estrategias discursivas y prácticas cotidianas que, a pesar de ser bastante usadas y conocidas, gracias a su comunicabilidad de *boca en boca* por los escenarios de los dominados, no puede (por la intimidación, la incertidumbre de los resultados y la represión de que es objeto) ingresar a los contornos públicos de la acción política para disputar al poder las batallas por la significación, pero que, a la vez, escapa a la fusión ideal *emisor/receptor* impuesta “desde arriba”, ya que también habla *otra* lengua y posee otras prácticas culturales de cristalización popular de la memoria.

Se trata, por lo tanto, de un discurso informal que por la misma intimidación y efectividad amenazante de los “señores de la guerra”, sus ejércitos y redes de poder local organizadas, ha aprendido a hablar, desde la *voz oblicua*⁶, esa infrapolítica aparentemente despolitizada de la cual quienes sufren las arbitrariedades del poder tienen que hacer un empleo táctico, como práctica de subsistencia: aquel residuo de voz horizontal que intenta ser oída y comprendida por “otros como yo”, y que, al mismo tiempo, espera no ser reprimida; esto es, que habla sin hablar, que mira sin ver y que sobrevive a través de formas muy discretas de comunicación y resistencia contra la humillación y el ultraje de los armados. Lo que hace que las actuaciones cotidianas de los dominados tengan

⁶ Guillermo O'Donnell hace un interesante análisis de las reconfiguraciones de la vida pública en Argentina bajo la dictadura militar a partir de la relación que él establece entre tres tipos de voces que caracterizan el intercambio político: la voz vertical, la voz horizontal y la voz oblicua. Según O'Donnell, en un régimen altamente represivo y autoritario, los poderosos se dirigen a sus súbditos y solo les permiten una voz vertical muy tenue y estrictamente controlada, pero, sobre todo, prohíben la estructura dialógica implicada por la voz horizontal, es decir, el supuesto de que todos tenemos el derecho de hablar con otros sin correr el riesgo de ser sancionados. Es aquí cuando emerge la voz oblicua, ese tipo particular de voz horizontal que intenta ser oída y comprendida, al mismo tiempo que espera no ser percibida por sus agentes. Véase O'Donnell (1997, 147-164). De este autor también se tomará el concepto de “zonas grises” para dar cuenta de las visibilidades opacas del conflicto armado y, en consecuencia, de la comunicación política en Colombia.

que adoptar distintos recursos de habla, aparentemente defectuosos, ante los peligros que conlleva “hablarle claro” al poder.

¿Cómo analizar, entonces, las visibilidades públicas del poder en contextos de miedo, hostilidad y terror? Aquí es necesario advertir que la efectividad del poder no depende exclusivamente de la exhibición en público o de la exposición mediática de quien lo detenta o aspira a hacerlo. Si bien la dramaturgia del poder contiene una actuación respetable e intimidante que se expone ante los demás como un gesto simbólico de la dominación, hay que tener en cuenta que esa actuación también transita por unas regiones vedadas al escrutinio público.

Esto es así en la medida en que el poder conserva para sí unos perímetros protectores de acción y decisión que en tiempos de sometimiento social o de confrontaciones bélicas suelen exacerbar mucho más sus zonas de invisibilidad pública (Bobbio, 1986, 65-83) o, al menos, de opacidad estratégica con respecto a los métodos y asuntos mediante los cuales se gestiona y administra el consentimiento social, incluida la opinión pública. El propósito de estas zonas de opacidad es que las miradas indiscretas provenientes de formas públicas de reflexión y variantes de crítica democrática no afecten las medidas tomadas y por tomar. Así, la escasa y controlada visibilidad mediática de los poderes basados en la arbitrariedad se compensa con el generoso constreñimiento comunicativo que imprime su terror en las esferas públicas de carácter local y regional: “de eso no se habla”, al menos no en público. Con lo cual el “discurso oculto” y la “voz oblicua” son los dispositivos de enunciación que terminan menos atemorizados para hablar de su poder, siempre y cuando se haga “bien bajito”.

En estas zonas de opacidad del poder en las que, por una parte, se exhiben controladamente sus ceremonias, rituales y actuaciones emblemáticas, y, por la otra, se reprimen o confiscan las acciones, prácticas y discursos que no conviene mostrar, los medios de comunicación pueden ser analizados como *lugares de contienda* entre fuerzas sociales que disputan relaciones de

poder más amplias y complejas en la sociedad. Esto es, no agotan la complejidad de regiones, entrecruzamientos y zonas de intersección que conforman eso que llamamos la esfera pública. Por tanto, la centralidad que éstos adquieren como operadores de la visibilidad pública autorizada debe cotejarse con el acceso y el posicionamiento diferenciado que los distintos proyectos, grupos y sujetos sociales ocupan en las variadas esferas públicas y privadas de la sociedad.

Por eso, más que sobredeterminar el poder de los medios de comunicación en la configuración de la esfera pública, debemos reconocer que en sociedades tan desiguales como las que habitamos, donde los consensos son tan precarios y las fuentes de producción y reproducción social, política y cultural de los sujetos no tienen puntos fijos (ni siquiera los medios de comunicación son puntos fijos), éstos, con la televisión a la cabeza, entran a competir con sus imágenes, relatos y discursos en un mercado simbólico ampliado, pero también restringido y ambivalente de mediaciones, referentes e ideologías que se yuxtaponen con otra serie de experiencias y mundos de vida cotidianos. Allí, esos mismos sujetos que se repliegan en los medios, construyen además sus significaciones a través de otras fuentes, prácticas y ritos con las que se informan, imaginan, exageran, odian, aman, evaden y enojan no solo por lo que muestran los medios de comunicación sino igualmente por lo que dicen esos espejos fragmentados de su vida diaria, esos que hablan de lo que significa vivir de arrimado, no tener plata para el arriendo, soportar a un marido borracho, habitar un pueblo o un barrio donde mandan los “señores de la guerra”.

Una mirada como ésta puede ser útil cuando se pretende indagar, para poner un ejemplo, acerca de las brechas comunicativas que han existido entre las visibilidades de carácter mediático que en las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado se refirieron al fenómeno paramilitar, tipo AUC, por una parte, y sobre las opacidades públicas que caracterizaron a este tipo de poder, por la otra. La hipótesis que podría desprenderse de este punto es que si por algo se caracterizó la presencia del paramilitarismo en la compleja trama de esferas

públicas de este país fue, precisamente, por el control que ese fenómeno ejerció sobre sus visibilidades no deseadas, esto es, las visibilidades que desnudaban a sus comandantes, sus recursos y sus redes de poder como agentes de terror⁷.

Así, la escasa y controlada visibilidad mediática de este tipo de poder se compensaba con el generoso constreñimiento comunicativo que imprimía su terror en las esferas públicas de carácter local y regional: “de eso no se habla”, al menos no en público. Con lo cual el *discurso oculto* y la *voz oblicua* eran —y siguen siendo— los dispositivos de enunciación que terminaban menos atemorizados para hablar de su poder, siempre y cuando se hiciera “bien bajito”. Situación que era válida no solo para los sectores más débiles que padecieron sus redes de poder, sino para los propios periodistas.

En otras palabras, el efecto de sentido de las organizaciones paramilitares en los distintos medios de comunicación, así como su influencia en las agendas de la información, sobre todo regionales, donde su poder ha sido más avasallador, no hay que buscarlo en lo que de este poder se mostró a la vista de todos, sino en lo que se ocultó o se dijo a medias. Por tanto, la efectividad simbólica de las acciones y los discursos paramilitares, así como los temores, las ambigüedades y las simpatías que éstos despertaron en amplios sectores de la opinión pública local, regional y nacional es un asunto que obedece menos a la sobreexposición mediática de su poder y más a la subexposición en aumento, pero controlada, de éste.

En este caso, valdría la pena recalcar que el uso sistemático del terror por los paramilitares en los ámbitos más locales, barriales y rurales del territorio

⁷ Una reflexión similar podría hacerse sobre el empleo sistemático del terror por parte de las organizaciones guerrilleras. De hecho, muchas de las afirmaciones que contiene este trabajo son válidas para la opacidad del poder de la guerrilla. La diferencia comunicativa entre paramilitares y guerrilleros estriba, a mi modo de ver, en dos aspectos fundamentales. Por una parte, en la ventaja estratégica que tienen los primeros sobre el control de las visibilidades no deseadas; en la comunicabilidad política de la guerrilla, las *fugas de sentido* son mayores. *Ésta no solo aparece más, sino que su visibilidad mediática es peor. Por otra parte, la naturaleza de la comunicabilidad política de los paramilitares tiende más hacia la opacidad, que se deriva de su “conversión” como bandas criminales y del narcotráfico, cuyo modus operandi está dominado por los códigos del silencio.*

nacional, donde ejercieron, ejercen y disputan su poder con otros agentes de violencia, como la guerrilla, se caracteriza por una *presencia total* de su poderío, que buscó copar todos los espacios de la vida social: “están en todas partes”. Sin embargo, esta saturación de la presencia *local* paramilitar apenas si encontraba una expresión escasa en las visibilidades más *nacionales* de los medios de comunicación dirigidas a narrar al *gran público* los acontecimientos que estaban fuera del alcance de su experiencia directa.

La de los paramilitares ha sido, por tanto, una visibilidad a cuentagotas, lo cual explica la calidad del control que ellos ejercieron no solo sobre las visibilidades no deseadas⁸ sino igualmente sobre las *más deseadas*, que tampoco acostumbraron someter al escrutinio público, salvo contadas excepciones. Es esto lo que precisamente sucedió con el proceso de desmovilización acordado entre el gobierno del presidente Álvaro Uribe y las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), que buscó el sometimiento de sus integrantes a la justicia y su reinserción en la vida civil, y cuya principal característica fueron los diálogos a puerta cerrada, en los que primó la discreción y la subexposición de actores, temas y acuerdos frente a la opinión pública.

De las voces oblicuas a la palabra pública

Ahora bien, sí, como afirma Scott, el discurso público no lo explica todo, y a éste se le contraponen una serie de prácticas cotidianas y procedimientos discursivos de encubrimiento lingüístico, códigos ocultos y voces oblicuas que buscan renegociar discretamente las relaciones de poder detrás de la tribuna pública, lo que habría que considerar también son las consecuencias de estas formas de resistencia popular en la configuración de escenarios de visibilidad pública desde donde sea posible interpelar al poder de una manera más igua-

⁸ En este caso no debería pasarse por alto que la menor efectividad que tiene la guerrilla, sobre todo las Farc, en la gestión de los “retenes” que buscan controlar las visibilidades no deseadas, también obedece a que sus prácticas de guerra suelen llamar más la atención de los valores-noticia de los medios de comunicación. Aunque aquí también valdría la pena preguntar, ¿es solo por eso?

litaria, así como en la consecución de conquistas políticas por parte de los sectores sometidos a situaciones de humillación, terror y hostilidad.

¿Cómo romper el silencio y aumentar el tono con el que habla el discurso oculto y de qué manera sacar las memorias autobiográficas de la resistencia de los contextos de extrema discreción? Es un interrogante que adquiere relevancia en el actual contexto de transición histórica que intenta vivir el país mediante la búsqueda de la memoria, la restitución de la verdad de las víctimas y la aplicación de la justicia contra los perpetradores de la violencia, sobre todo a partir del trabajo de acciones colectivas contestatarias que en el país están buscando sobreponerse a condiciones oprobiosas impuestas por poderes armados, despóticos y arbitrarios. Si estos procesos no logran conjurar el miedo, romper la desconfianza y desatar las palabras de los humillados y ofendidos, estaremos asistiendo, una vez más, a un juego de espejos en el que la proliferación de prácticas cotidianas, hablas y escuchas bien podrá sobrevivir a las humillaciones, hostilidades y ultrajes de los que ejercen el poder, a partir de formas muy discretas de comunicación y resistencia, siempre bajo la condición de “hablar bien bajito”.

El problema con los discursos ocultos y las voces oblicuas que hacen resistencia al poder, a costa de “hablar bien bajito”, es que también pueden correr el riesgo de caer en ese *remolino* que el investigador francés Daniel Pécaut (2001, 227-256) llama las implicaciones de la banalización del terror y del envilecimiento de la confrontación armada en la experiencia cotidiana y el tejido social de la nación. ¿De qué riesgos hablamos? Para Pécaut, una de las consecuencias del envilecimiento y la banalización de la violencia está asociada a la dificultad de articular unos relatos colectivos de nación que se sustituyen por una narración discontinua y fragmentada de microrrelatos que se viven como la historia de cada quien: familias, grupos y sujetos que lloran privadamente a sus muertos y hacen de sus duelos un asunto aislado en sus entornos domésticos, alimentando con esto ese acumulado de rabias, dolores y tragedias que no alcanzan a tener una mínima expresión en la esfera pública (Uribe, 2003, 9-25).

Se trata de una preocupación que también comparte el historiador Juan Carlos Vélez (2003a) cuando señala, en un interesante ensayo sobre la literatura testimonial de las violencias en Colombia, que el problema de las “voces autobiográficas” con que está hecha buena parte de nuestras memorias del horror y el dolor es que no ha logrado articular relatos que propicien aprendizajes políticos, es decir, modificaciones en las líneas del conocimiento, las creencias y los modelos de acción con los que se ha actuado, pensado, creído, amado u odiado en el pasado. Vélez cuenta que desde los años cincuenta existe una extensa *literatura testimonial* de memorias literales (2003a, 31-57) en la cual los propios protagonistas de los hechos, ya sea en calidad de víctimas o, incluso, de victimarios, se han tomado la palabra para relatar horrores, testificar sobre experiencias y reconstruir memorias, en un ejercicio de verdad testimonial que ha aprovechado los momentos de transición histórica y coyuntura política para gritar verdades y romper silencios, en un tono subjetivo donde el centro descansa en la narración de quien vivió y vio “con sus propios ojos” los hechos relatados.

Hablamos de la producción de una memoria narrativo-testimonial que, por cierto, ha tenido gran impacto en el mercado editorial del libro, gracias a las propias historias relatadas (entrevistas, autobiografías, historias de vida) por comandantes guerrilleros, negociadores de procesos de paz, testigos, narcotraficantes, paramilitares y, de un tiempo para acá, por las propias víctimas de los hechos, tal y como se puede cotejar en la narrativa testimonial de los secuestrados que recientemente han huido o han sido liberados por las Farc o rescatados por las Fuerzas Militares. Allí, el relato de *primera mano* se ha constituido en el factor relevante de unas producciones narrativas —de no ficción— en cuyo centro aparece el género testimonial, el mismo que a partir de los años ochenta desatará el *boom* de lo que otro historiador, Ricardo Peñaranda, denominara una “literatura de testimonios sin análisis” (1989, 45). Esto es, una literatura de la experiencia, con una fuerte inclinación por el detalle de las vivencias y la verdad íntima del relato, cuya fuerza está más en la conmoción que en la comprensión, y más en la proximidad del testimonio como “prueba” verdadera que en la búsqueda de su inteligibilidad y de la distancia necesaria para su explicación.

Por eso, sacar a la luz pública los discursos ocultos y las voces oblicuas mediante una narrativa testimonial implica ser conscientes de los alcances de los microrrelatos y las voces autobiográficas en la esfera pública, lo que obliga a la búsqueda de otras formas de inteligibilidad social y de toma de distancia explicativa para no quedar atrapados en el torbellino de las vivencias personales, los hábitos repetidos y las legitimidades ilimitadas que, ante la ausencia de una interpelación pública proveniente de otras memorias, otros discursos y otras explicaciones, y ante la carencia de una dimensión pedagógica, acompañada de un sentido político de futuro, pueden terminar alimentando el victimismo, es decir, el círculo vicioso de los odios y venganzas a causa del dolor y el sufrimiento de aquellos que han padecido en carne propia el horror. Para la crítica cultural argentina Beatriz Sarlo, salir al paso de estas limitaciones significa poner a viajar la imaginación, pues solo a condición de que la imaginación cumpla su trabajo de externalización y distancia es posible “romper con aquello que la constituye en proximidad y se aleja para capturar reflexivamente la diferencia” (Sarlo, 2005, 54).

Como bien sostiene esta autora a propósito de la proliferación de la narrativa testimonial en su país como vía para reconstruir un pasado de violencia y ajustar cuentas con los crímenes de la dictadura militar, esto implica un esfuerzo mayor: no caer en una fetichización de la verdad testimonial, puesto que “solo una caracterización ingenua de la experiencia reclamaría para ella una verdad más alta” (2005, 63). Según Sarlo, “saber cómo pensaban los militantes en 1970 y no limitarse al recuerdo que ellos ahora tienen de cómo eran y actuaban, no es una pretensión reificante de la subjetividad ni un plan para expulsarla de la historia. Significa, solamente, que la “verdad” no resulta del sometimiento a una perspectiva memorialística que tiene límites ni, mucho menos, a sus operaciones tácticas” (2005, 83): lo que se calla, se modifica, se confunde después de un tiempo, se transfiere de un tono a otro, etc. Por tanto, el “deber de la memoria” impone desatar las voces ocultas, estar con las víctimas, potenciar sus memorias, establecer perímetros protectores con el fin de decirles que no están solas, pero también es un deber de comprensión, no solo de conmoción.

La otra consecuencia del envilecimiento de la confrontación armada en la experiencia cotidiana y el tejido social de sectores y comunidades que se exponen al constreñimiento de los poderes armados se relaciona con la impotencia y la pérdida de la capacidad de los individuos para expresarse y afirmarse como sujetos de su propia vida. A esto Pécaut lo denomina un proceso de “desubjetivación” (2001, 227-256), que surge de esos acumulados del miedo, la soledad, la desconfianza, la autocensura y el silencio a los que se ven abocados hombres y mujeres que sufren las arbitrariedades del poder. Pero no solo ellos. Se trata de un proceso más complejo que también involucra a esos otros sectores sociales que no viven las tragedias de la vida. Sectores que, ante la ausencia de una mínima “obligación moral” frente a esos cuerpos y voces distantes que ocupan los territorios donde se espera que ocurran las crueldades e infortunios, terminan por “desubjetivizar” al *otro* como sujeto con capacidad de acción y de discurso.

A un asunto similar se refiere la escritora Susan Sontag (2003) cuando plantea el papel de la fotografía —es decir, de nuestra mirada frente al dolor de los demás— en un ensayo tan lúcido como cuestionador. Para Sontag, no conocemos ni sentimos ninguna obligación moral frente a esos otros no-presenciales que habitan las lejanías del mundo en términos de tiempo, espacio y cultura si solamente los vemos como cuerpos distantes, moribundos y desconocidos. Frente a esas “víctimas anónimas”, afirma Sontag (2003, 71-109), aparece entonces un giro de compasión, frustración o impotencia, cuando no un reclamo airado que denuncia el mal gusto y la indecencia con que se difunden las imágenes de su dolor y sufrimiento: ¿las imágenes no deberían ser más prudentes, de modo que no exploten nuestras bajezas, ese lado mórbido de la naturaleza humana? Sontag sostiene que por esa vía terminamos mostrando una compasión inocua. Indignarnos por los padecimientos que sufren esas “víctimas distantes”, frente a las cuales no tenemos ninguna complejidad moral, más allá que denunciar el mal gusto de las imágenes con las que se muestra su dolor, acaba en una exotización del horror y de los lugares donde éste ocurre; o, peor aún, en una idea según la cual la víctima es alguien para ser visto (en un noticiero, un museo, una galería) y no alguien que ve (2003, 121-146).

Así, a lo que la “desubjetivación” alude es al dispositivo de visibilidad que niega al sujeto la identidad, que reduce a las víctimas a su condición de cuerpos genéricos, anónimos y remotos, seres sin nombre y sin historia individual. ¿Qué compromiso moral puede esperarse frente a esas víctimas distantes? Para el filósofo francés Jacques Rancière, el problema no es entonces saber si hay que mostrar o no los horrores sufridos por las víctimas, ya que lo que aquí se juega es una *política de la atención* que elabora una construcción de las víctimas como elementos de una cierta distribución de lo visible. De acuerdo con este autor,

“Si el horror es banalizado no es porque veamos demasiadas imágenes de él. No vemos demasiados cuerpos sufrientes en la pantalla. Pero vemos demasiados cuerpos sin nombre, demasiados cuerpos incapaces de devolvernos la mirada que les dirigimos, demasiados cuerpos que son objeto de la palabra, sin tener ellos mismos la palabra” (Rancière, 2010, 97).

Se trata de una crítica que también comparte la analista cultural Erna Von der Walde (2001, 8) cuando llama la atención sobre la necesidad de ensayar nuevas narrativas de la violencia en el país sin que esto implique una reducción simbólica del “otro”. A la pregunta “¿pueden las víctimas del terror, los miembros de las familias de los asesinados, masacrados o secuestrados comunicar su situación?” (ibíd., 8), la investigadora responde proponiendo un interesante cuestionamiento de aquellas narrativas mediáticas, periodísticas y literarias que suelen representar a quienes son portadores del poder mediante fórmulas retóricas que evitan el exceso de adjetivos y los ubican en los roles de individuos que actúan, toman decisiones, conducen y controlan, mientras los demás sectores de la sociedad suelen ser presentados mediante estructuras narrativas que, o exacerban la fatalidad, el sufrimiento y la resignación, o reducen al “otro social” a lo irracional y al perfecto *cuadro de costumbres*, pero nunca como poseedor de un discurso y de una racionalidad. De esa manera “la violencia en los mundos de vida de los indígenas, los negros, los pobres, las mujeres y los niños, aquellos considerados históricamente como apenas humanos, carece de narrativa. No es que no tengan historias que contar. Lo

que quiero decir es que éstas se organizan y categorizan según los discursos dominantes, de manera que se amordazan, se manipulan, o simplemente se ignoran” (ibíd., 9).

Hablamos de ese acumulado de violencias que, ante la imposibilidad de narrarse públicamente, reconocerse socialmente y encontrar espacios institucionalizados de diálogo y discusión (Vélez, 2003b, 29-51), persiste no solo como traumas individuales en los laberintos de la memoria individual de las víctimas, familiares y dolientes, sino también como voces autobiográficas, discursos ocultos almacenados en la trastienda de la memoria colectiva de la nación. Por tanto, si queremos pensar en procesos que permitan recomponer las relaciones de poder, reconstruir los duelos suspendidos de los humillados, conjurar el olvido y avanzar hacia procesos de reconciliación nacional (Sánchez, 2000, 21-30), habría también la necesidad de indagar por la puesta a conocimiento público de las palabras de los oprimidos, esto es, del derecho que éstos tienen a narrar sus historias de pérdidas, dolores y esperanzas en escenarios donde dichas palabras puedan ser pronunciadas y escuchadas por “públicos amplios y, eventualmente, contrastadas, complementadas o criticadas por otros” (Uribe, 2003, 17).

Es una situación que se refiere a la importancia de desatar las voces ocultas y las memorias atrapadas por el miedo y el silencio mediante formas de acción política y cultural que posibiliten la visibilidad del discurso oculto en la esfera pública. Para decirlo en palabras de la socióloga e historiadora María Teresa Uribe, se trata de “sacar aquellos relatos de sus entornos tradicionales, de los círculos privados, del mundo semicerrado de víctimas y defensores de derechos humanos y ponerlos en conocimiento de otros, incluso de los victimarios, que pueden tener una visión y una interpretación muy diferente de lo acontecido” (ibíd., 17).

Son formas de acción política y práctica cultural que, además de la cristalización de espacios públicos de conversación, requieren la producción de ritos y conmemoraciones como lugares del relato y el duelo colectivo, como

dramas renovados de la interacción social en las que se combinan los argumentos y el afecto, la política y la subjetividad, el cuerpo y la mente, y como ámbitos de pedagogía política donde se aprenda de las lecciones del pasado, pues, como afirma la profesora Uribe, las sociedades que han vivido situaciones de guerra y violencia endémica, que se enfrentan al dolor y al sufrimiento de las víctimas, necesitan no solo conjurar el olvido, romper el silencio y hacer público el dolor, sino también elaborar el duelo. Un duelo que, según Uribe,

“Debe ser social y colectivo y debe ser enfrentado a través de la recuperación de la palabra y la memoria histórica; un duelo que exige reparaciones económicas, claro está, pero también políticas, éticas y culturales mediante las cuales las víctimas y las gentes que habitan estos territorios puedan incorporar sus historias personales y familiares, sus dolores privados e individuales, en contextos explicativos más amplios, e interpretar y otorgarles así un sentido a las situaciones trágicas que han vivido” (ibíd., 10).

Ahora bien, ¿pueden los medios de comunicación expresar el mismo respeto y la misma reverencia ante el dolor y el sufrimiento que muestran frente a las ceremonias del poder? Plantear esta pregunta es importante porque nos conduce a la función que ellas podrían desempeñar (Dayan y Katz, 1995), sobre todo en esas ocasiones que, como ocurre con los duelos colectivos y las conmemoraciones públicas, requieren la atención concentrada del público, exigen una suspensión de la rutina social, plantean una respuesta a las necesidades integradoras de la sociedad y demandan de los operadores especializados de la visibilidad pública –como son los medios de comunicación– toda su capacidad retórica para convencer a los espectadores de que se está en presencia de un rito de significación nacional (Ignatieff, 1999, 35).

De ahí que, si queremos avanzar en la superación de los traumas sociales dejados por las violencias y por el desempeño arbitrario del poder, sea necesario transitar de las voces oblicuas a las palabras públicas mediante la

combinación de la razón y la emoción, los argumentos y el afecto, el cuerpo y la mente, lo político y lo simbólico. En la misma medida en que el conflicto armado ha alterado la vida cotidiana y los lazos sociales de muchas de las comunidades de este país, se trata de un tránsito impostergable que, a la vez, pretende alcanzar una resignificación de los espacios públicos asociados a la palabra, al duelo colectivo y a los relatos entre iguales que fueron constreñidos, silenciados o, simplemente, eliminados por los poderes armados. Eso mostraría que la verdad, la justicia y la reparación también transitan los lugares del afecto, el rito y la conmemoración, puesto que son prácticas de activación de la memoria y de restañamiento de las heridas morales, cuyo propósito es articular los ámbitos de lo doméstico-familiar-subjetivo con agendas, conversaciones y discusiones más amplias, más ciudadanas, más colectivas.

Sin embargo, sacar de los cajones del silencio, donde fueron confinados los relatos, las voces y las memorias de quienes han sufrido las arbitrariedades del poder y se han convertido en sus víctimas, directas e indirectas, no implica tildar de insignificantes los murmullos, refunfuños y prácticas de ocultamiento que allí han tenido que habitar ante el riesgo que implica cualquier enfrentamiento directo con quienes tienen los recursos de la fuerza. Como sostiene Scott, más que un prólogo a una acción política mayor, mejor organizada y realmente importante, lo que el arte de la resistencia nos enseña es que el *iceberg* que tenemos a la vista tiene un continente sumergido, que es una condición de su potencia. Se trata de una prehistoria que explica su capacidad de producir conquistas políticas. Así, la primera declaración pública del discurso oculto “habla en nombre de innumerables subordinados, grita lo que históricamente había tenido que ser murmurado, reprimido, ahogado y suprimido” (Scott, 2000, 267).

Por tanto, sin una comprensión más profunda de los procesos que enmarcan, tanto el tejido discursivo de la política como las dimensiones políticas del discurso, y sin una concepción más compleja de las dinámicas de producción, circulación y recepción de las palabras públicas, podemos correr el riesgo de

seguir sordos a las densas tramas con las que están elaboradas nuestras hablas, silencios, escuchas, gestos, temores, esperanzas y memorias con respecto a lo que somos y deseamos ser, simplemente porque son unos “cruces de camino” que desafían nuestros modos tradicionales de comprender las relaciones entre el discurso, la comunicación y la política.

Bibliografía

Bajtín, Mijail, 1974, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*, Barcelona, Barral.

Bobbio, Norberto, 1986, *El futuro de la democracia*, México, FCE.

DaMata, Roberto, 1989, “A propósito de microescenas y macrodramas: notas sobre el problema del espacio y el poder en Brasil”, en *Nueva Sociedad*, no. 104, Caracas, noviembre-diciembre, pp. 111-117.

De Certeau, Michael, 1995, *La toma de la palabra y otros escritos políticos*, México D. F., Universidad Iberoamericana, Iteso.

-----, 1999, *La invención de lo cotidiano*, México, Universidad Iberoamericana.

Dayan, Daniel y Katz, Elihu, 1995, *La historia en directo. La retransmisión televisiva de los acontecimientos*, Barcelona, Gustavo Gili.

Escobar, Arturo y Álvarez, Sonia, 1992, *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy, and Democracy*, Boulder, Westview Press.

Escudero, Lucrecia, 2002, “Un sujeto patético: los desaparecidos en la prensa argentina”, en *deSignis*, no. 2, Gedisa, Barcelona, pp. 187-202.

Foucault, Michael, 1992, *Genealogía del racismo. De la guerra de las razas al racismo de Estado*, Madrid, La Piqueta.

Fraser, Nancy, 1997, *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*, Bogotá, Siglo del Hombre/Universidad de los Andes.

García, Mauricio, 2005, "Acción colectiva contestataria en contextos de conflicto armado en Colombia", en *Sociedad de emergencia: acción colectiva y violencia en Colombia*, Bogotá, Defensoría del Pueblo, pp. 153-190.

Habermas, Jürgen, 1981, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili.

Ignatieff, Michael, 1999, *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*, Barcelona, Taurus.

Martín-Barbero, Jesús, 1998, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Bogotá, Convenio Andrés Bello.

Monzón, Cándido, 1996, *Opinión pública, comunicación y política*, Madrid, Tecnos.

Moore, Barrington, 1989, *La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

O'Donnell, Guillermo, 1997, *Contrapuntos. Ensayos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós.

Pécaut, Daniel, 2001, *Guerra contra la sociedad*, Bogotá, Espasa.

Peñaranda, Ricardo, 1989, "La literatura sobre el proceso de paz. Testimonios sin análisis", en *Gaceta de Colcultura*, no. 1, Colcultura, Bogotá, septiembrenoviembre, p. 45.

Rancière, Jacques, 2010, *El espectador emancipado*, Buenos Aires, Manantial.

Ricouer, Paul, 1995, *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI Editores.

Sánchez, Gonzalo y Wills, María Emma, compiladores, 2000, *Museo, memoria y nación*, Bogotá, Ministerio de Cultura/Museo Nacional/Iepri.

Sarlo, Beatriz, 2005, *Tiempo pasado*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Scott, James, 2000, *Los dominados y el arte de la resistencia*, México D. F., Era.

Sontag, Susan, 2003, *Ante el dolor de los demás*, Bogotá, Alfaguara.

Street, John, 2000, *Política y cultura popular*, Madrid, Alianza.

Thompson, Edward, 1996, *Costumbres en común*, Madrid, Crítica.

Todorov, Tzvetan, 1995, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós.

Uribe, María Teresa, 2000, “Las soberanías en disputa: ¿conflicto de identidades o de derechos?”, en Sánchez, Gonzalo y Wills, María Emma, compiladores, *Museo, memoria y nación*, Bogotá, Ministerio de Cultura/Museo Nacional/Iepri, pp. 455-479.

-----, 2003, “Estado y sociedad frente a las víctimas de la violencia”, en *Estudios Políticos*, no. 23, Universidad de Antioquia, Medellín, julio-diciembre, pp. 9-25.

Vélez, Juan Carlos, 2003a, “Violencia, memoria y literatura testimonial en Colombia. Entre las memorias literales y las memorias ejemplares”, en *Estudios Políticos*, no. 22, Universidad de Antioquia, Medellín, enero-junio, pp. 31-57.

-----, 2003b. “Una comisión de la verdad en la encrucijada colombiana”, en *Estudios Políticos*, no. 23, Universidad de Antioquia, Medellín, julio-diciembre, pp. 29-51.

Von der Walde, Erna, 2001, "Colombia: un evento sin testigos o la imposibilidad de narrar la violencia", Ponencia presentada en la conferencia Las guerras de Colombia, Hemispheric Institute on the Americas, University of California, (mimeo).

Memoria y performatividad

Por Martha Cecilia Gilva Y¹